

De dolor en dolor hará conquistas
teñidas con la sangre de sus plantas! ...
Surgirán de esa lucha las virtudes,
la belleza y el arte con sus galas!

No importa que perezca, de su tumba
surgirá un pedestal, do la esperanza
señale con su dedo hacia adelante
una huella de luz, estela blanca! ...

20 de Junio de 1904.

Prisciliano R. Maldonado.



Composición que obtuvo el premio
del H. Ayuntamiento de esta Ciudad,
(\$ 100. 00 cs. en efectivo y un diploma
artístico) correspondiente al segundo
tema.

¿CUANDO ES MAS GRANDIOSA

LA FIGURA DE JUAREZ,

EN LA

Guerra de Tres Años, defendiendo la Constitución y la Reforma, ó
combatiendo la Intervención Francesa
y el Imperio?

I.

El triunfo de los principios políticos encarnados en la Constitución emanada del Plan de Ayutla, la inplantación de la Reforma respondiendo á una imperiosa necesidad económico-social y la salvación de México y sus instituciones en la guerra extranjera, y con esto el aniquilamiento del partido conservador, como partido militante, acto de suprema justicia como remedio á nuestras desgracias públicas, son hechos íntimamente ligados, que no tienen un punto de solución de continuidad que pudiera colocarlos aisladamente en la sucesión histórica de los acontecimientos.

El triunfo de estos principios, engastados en un programa político, poderosamente concebido y firmemen-

te llevado á la práctica, se debe al gran partido liberal, cuya filiación hay que buscar con la del partido conservador, desde los primeros días de nuestra vida independiente en que se delinearon con tendencias enteramente opuestas.

La Intervención Francesa fué no un incidente inevitable; vino como un esfuerzo desesperado del partido conservador; no tuvo por causa un conflicto de derechos, sino un pretexto bajo el que se encubrían ciertas ambiciones de lucro y de conquista; no tuvo los deslumbrantes pretextos de intereses de la humanidad ni de la civilización, sino los intereses de un banquero y los del partido conservador que, para levantarse de su derrota, recurrió á un medio tan inútil como reprobado, la traición á la Patria.

Fué una gran obra llevada á feliz término por un partido que aspiraba á la reforma completa de la sociedad, no por odio sistemático á los restos de un pasado que tenía en sus lineamientos los recuerdos del régimen colonial, sino por las funestas consecuencias que esas instituciones viejas hacían sentir al país, minándolo en sus elementos de vida y de prosperidad; fué una obra acometida por el partido del pueblo que siempre ha sido el partido de la libertad y enemigo de las desigualdades, por el partido de la ley y enemigo del despotismo, en suma, por la Nación misma, porque toda ella resentía la necesidad de un cambio en el estado de cosas que cada día se hacía más intolerable.

Fué pues una lucha de principios y de intereses y para que hubiese sido bien dirigida, necesitó como todas las luchas, de un jefe que conociese todas las nece-

sidades y encarnase todos los principios, que encausara en una sola corriente todas las tendencias unificadas de su partido, y que tuviera la firmeza de todas las convicciones para ser incorruptible á la hora del desastre como á la hora del triunfo.

La Guerra de Reforma necesitó de un jefe que reuniera todas estas condiciones, y ese ser-carácter lo encontró en Juárez.

La gran figura de este hombre extraordinario, es grandiosa entre los grandes reformadores de los pueblos.

La lucha con la Invasión Francesa, fué no sólo una lucha de principios, puesto que se trataba de salvar no sólo las instituciones democráticas, sino lo que era fundamental, la Patria.

Por las condiciones desventajosas para México en que tenía que sostener esta lucha desigual, cuando del lado de la República todo disminuía si no es que estaba agotado, mientras que del lado del invasor todo estaba listo y aumentaba con el vergonzoso contingente de traidores, necesitó México de un hombre que respondiese á todos los llamamientos del patriotismo, que tuviese la entereza para aceptar la lucha sin vacilar ante la fuerza del enemigo y que fuese capaz de sobreponerse á las difíciles circunstancias para mantener muy altos el honor y la dignidad nacional.

Si la lucha era por la salvación de la Patria y de los principios democráticos, la Patria y la Democracia encarnarían en un verdadero representante de esos principios, que se levantaría á la altura del siglo de las libertades americanas; ese sería Juárez y su gran figura

será grande entre los salvadores de los pueblos y entre los demócratas del mundo.

En todos los momentos de esas dos luchas, Juárez se levanta dignamente á la altura de la misión que la mano del destino le asignara desde el movimiento reformador de Ayutla hasta el triunfo de la Constitución, y desde aquí hasta la restauración de la República.

En el primer período tuvo que luchar con las clases privilegiadas y el Clero que le oponían sus millones, con el ejército de pretorianos que le oponían sus espadas, con la religión tras de la que se parapetaban los enemigos de la Reforma, con las creencias que sublevaban á las familias y sacudían á toda la sociedad, consigo mismo para sobreponerse á ese medio en donde él se formó, en suma, con todo un pasado que en el curso de tres siglos se había petrificado en las conciencias y en las costumbres.

En la lucha siguiente, se enfrentaría con un ejército muchas veces superior al que formaba nuestro pueblo armándose en la víspera de cada combate; con la traición que minaba las voluntades débiles, con el temor de los pusilánimes, con las pasiones desencadenadas que ofuzcarían todas las conciencias, con el mismo Clero y con las mismas clases privilegiadas.

En muchos casos tuvo que enseñar á ser fuertes ahí donde todos se sentían débiles, tuvo que dar fé ahí donde todos dudaban y á ser firmes ahí donde todos vacilaban.

Por tanto, no podremos decir que la figura de Juárez es más grande en una lucha que en otra; las dos situa-

ciones son hasta cierto punto distintas y únicas en la historia.

Juárez sin la Intervención habría sido de todos modos el reformador de su pueblo; las generaciones le entonarían himnos de gratitud y la civilización contaría un apóstol más entre los reformadores.

Juárez con la Intervención sin la Reforma, habría sido el sostenedor del derecho y de la libertad de su pueblo, sentando un precedente que jamás olvidarían ni el imperialismo ni las aventuras monárquicas europeas.

La América le habría dado como le dió, el título de Benemérito.

Juárez con la Reforma y la Intervención, fué el apóstol de una idea y el salvador de un pueblo; separó completamente la Europa de la América con un acto de suprema justicia en el Cerro de las Campanas; enseñó á la América á castigar los atentados contra las libertades de los pueblos y desapareció con la inmensa gloria de haber dejado á su siglo un nombre sin mancha que luego sería un emblema del republicanismo; desapareció dejando, como la estela de oro de un bólido que traspone el horizonte, un surco de fuego que se pierde en las brumas de lo porvenir.

El mundo entero se descubrió ante ese hombre extraordinario y el tiempo se detiene á contemplarlo.

Estas afirmaciones debemos apoyarlas en las verdades de la historia.

¿Hasta qué punto habían llegado las aspiraciones de los partidos políticos de México en 1854?

¿Respondían los programas de esos partidos á las necesidades de la Nación?

Puede decirse que los partidos políticos de México nacieron con nuestra Independencia.

En efecto, las Cortes españolas en 1822 anularon los Tratados de Córdoba y con esto rompieron todo vínculo político entre la Metrópoli y la Colonia rebelada que después de apoderarse de las plazas más importantes, el ejército insurgente había hecho su entrada triunfal en México desde 1821.

Desechado el ofrecimiento que se hacía á Fernando VII, no quedaba ningún compromiso á los insurgentes, quienes pensaron libremente en dar alguna forma de gobierno al país.

Desde aquí comienza la división entre los mexicanos, pues unos opinaban por la Monarquía como la forma de Gobierno más á propósito para el estado actual de la sociedad, por las costumbres y sobre todo por los grandes intereses de las clases directrices; otros opinaban por la República que dejaría satisfecha á la mayoría de la población, borrando las odiosas distinciones entre señores y plebeyos, entre los que mandan y los que obedecen.

Así se delinearon dos partidos antagónicos; el monárquico, formado por el alto Clero, que siempre ha ejercido poderosísima influencia en el seno de las sociedades fanáticas y por la sociedad elevada compuesta en su mayoría por el elemento español, todos enemigos de la Independencia y en cuyas manos estaban las propiedades rústicas y urbanas, el comercio y las famélicas industrias del país; el partido republicano estaba formado por los criollos y mestizos, en el que figuraban

personalidades como las de Victoria, Bravo, Guerrero y otros distinguidos insurgentes.

Con el transcurso del tiempo, estos partidos se llamarían Conservador y Liberal respectivamente. El primero, enemigo desde su origen de las ideas reformistas de la Constitución española de 1812, quería salvar á todo trance sus grandes intereses y sus privilegios, llegando en sus aspiraciones hasta la retrogradación, con un gobierno central único, una sola religión, una sola fuerza que gobernase y dirigiese lo mismo los intereses económicos que los políticos y religiosos, en tanto que el segundo, que recogía sus tradiciones desde el Congreso de Chilpancingo, quería la Federación, basada en los principios democráticos, y que todos tuviesen derecho de tomar parte en los asuntos públicos.

En esta lucha funesta de partidos disputándose el poder, en que los vencidos de hoy eran los vencedores de mañana, sorprendió al país la guerra de Texas, la primera guerra con Francia y la invasión norte-americana.

Después del desastre del 48, el país quedó sumido en una atonía profunda, como consecuencia de tantos sacrificios inútiles para sostener una guerra en que se nos arrebató casi la mitad del territorio nacional.

Con este suceso, pareció iniciarse un período de tranquilidad y de moralización, pero desgraciadamente fué pasajero, pues el militarismo, que ha sido y será funesto al país, volvió á encender la revolución secundando el motín de Blancarte en Guadalajara, proclamando la caída del honrado Arista y la vuelta de Santa-Anna al poder, quien había ido á ocultarse con el remordi-

miento de nuestros desastres á un rincón de Nueva Granada.

El partido Conservador aprovechó y fomentó este movimiento hasta en el seno del mismo Congreso, en donde logró dividir completamente la opinión.

La revuelta consiguió su objeto; derrocó á Arista y desembarcó á Santa-Anna en Veracruz el 1º de Abril de 1853.

El 20 del mismo mes, la Capital amaneció de fiesta, el alegre repique de campanas y el adorno de las casas de las gentes de razón anunciaron como buena nueva que Santa-Anna se hacía cargo del Supremo Gobierno.

Después de los ejercicios divinos en las Iglesias, se siguieron las mutuas congratulaciones entre monjas y frailes; el elemento militar salía del Palacio Nacional después del *besa-mano* luciendo sus entorchados, satisfecho de su obra; en el seno de las familias se comentaba el acontecimiento y casi la mayoría consideraba al nuevo gobernante como el único que podría salvar al país de la anarquía y del desbarajuste; si para ello era necesario que se le revistiese de facultades omnímodas, que se le diesen todas las que quisiera.

Este era un *providencial*, que 50 años después olvidaría un escritor sudamericano, ponerlo al lado de Rosas y Melgarejo, como providenciales de la América.

La funesta figura de Santa-Anna comienza á delinearse desde los primeros días de nuestra vida independiente, como esas sombras indecisas que ennegrecen el horizonte en los crepúsculos de una tarde tempestuosa; pues de oscuro oficial realista que combatió la Independencia, se hace popular proclamando el Plan de

Iguala én 1821; luego traiciona á Iturbide en 1822 y proclama la República; en 1829, en medio de los riesgos á que su impericia militar lo exponía, se lanza sobre Tampico, sostiene algunas escaramuzas con Barradas á las que les da el color de grandes victorias que salvan al país de una ridícula expedición de reconquista; no desaprovecha los aplausos del momento, se abre paso por entre las multitudes sugestibles y llega á ser el árbitro del país.

Un día conservador para amanecer al siguiente liberal, luego monarquista para volver á ser centralista y conservador, Santa-Anna es el tipo completo de la ambición desenfadada y de la inconsecuencia política.

Con la vuelta de este hombre al poder se abre la página más negra de nuestra historia.

Corresponde ampliamente á la revolución que lo había traído y se arroja en brazos del partido Conservador, sin olvidar su interés personal que jamás olvidó en toda su vida.

En este momento histórico se delinean claramente los datos del problema político; los conservadores ponen en práctica su programa; los liberales condensan el suyo que será el pendón que levantará la redentora Revolución de Ayutla, tras del cual marchará el pueblo impulsado por la opinión, se improvisarán ejércitos, se formarán Generales, surgirán estadistas, financieros, filósofos, jurisconsultos, oradores, etc., y de entre todos los cerebros que piensan, y de entre todas las manos que señalan, y de entre todas las plumas que vibran al calor de las polémicas de ese grandioso movimiento que todo lo encaminaba para la más grande de nues-

tras contiendas, como era la de principios, surgirá un cerebro que sintetice todos los ideales, un corazón que responda á todos los fueros de la justicia, una mano firme que señalará siempre un rumbo fijo, una pluma viril que trazará caracteres sin vacilar, y una voluntad y un valor civil dignos de esa gran contienda; ese sería Juárez.

Pero no adelantemos demasiado; para nuestro propósito, he aquí la situación en 1853 á 55.

Santa-Anna formó su Ministerio con la flor y nata de los conservadores.

El 25 de Abril dió una ley en que mataba toda libertad de imprenta.

El 16 de Diciembre expidió un decreto prorrogándose el poder y áun se autorizaba para nombrar un sucesor.

El 27 decretó el destierro de Arista y de algunos liberales exaltados é intransigentes con los abusos, entre los que figuraban Ruiz, Ocampo, Prieto y Juárez.

Trató de fundar una Monarquía en México bajo el protectorado de España.

Se estableció la Orden de Guadalupe y Santa-Anna se hizo llamar Gran Maestro y Alteza Serenísima.

Aumentó el ejército á una cifra enorme, al que ingresaron de nuevo todos los que por su corrupción habían sido separados por las administraciones anteriores.

Con el cúmulo de gastos innecesarios que en esa época se hacían, con el aumento del ejército y los anticipos que á cuenta de sueldos se concedían á los empleados favoritos, vino la bancarrota que se trató de salvar

por medio de contribuciones onerosas y algunas hasta ridículas.

Por el tratado de 13 de Diciembre 1853, vendió Santa-Anna á los Estados Unidos el territorio "La Mesilla," etc., etc.

Por lo que respecta al poder de la Iglesia, era enorme, tanto en lo que pudiéramos llamar orden religioso, como en el político y el económico.

Desde el punto de vista religioso, había fanatizado de tal manera á la sociedad, que tenía una intervención muy directa en la constitución de las familias; decidía de los matrimonios y de la educación de los hijos.

Era intolerante, no debía haber más religión que la católica, con lo cual pretendía lo que pudiéramos llamar el *monopolio* de las conciencias; así lo había conseguido en todos los planes políticos que se habían proclamado, desde el de Iguala hasta los últimos de esos días; consiguió que esa misma intolerancia figurase en la Constitución de 24 y que se infiltrara después en la de 57.

Las órdenes de religiosas y religiosos eran tantas que sus conventos estaban esparcidos por todo el país, encerrando una población numerosa que sólo consumía, sin contribuir de ninguna manera á la producción.

El calendario estaba lleno de fiestas religiosas con obligación de no trabajar, y tan pomposas que se gastaban enormes sumas en ceras y gastos inútiles, contribuyendo esto al empobrecimiento del país, al despilfarro de los ahorros y sobre todo á formar hábitos de holgazanería en las clases trabajadoras, con las fiestas,